



La gramática emocional del autodesprecio corporal

Eduardo Mattio*

Hablar sobre la gordura,
sobre mi gordura sin ánimos de representar a nadie,
desde mi cuerpo como experiencia material,
como manifiesto de una historia política, no natural.
Porque no nació gorda, llegué a serlo.
constanzx álvarez castillo, 2018, *La cerda punk*

1 Hay un momento dramático –¿qué sería una marica sin sus momentos dramáticos?– en la que una empieza a percibir que su cuerpo ha perdido irremediamente esa delgadez que tenía hasta sus veintipico. De allí en adelante, hay algo que se modifica, no solo en el cuerpo, sino en la propia autopercepción, que no nos deja en paz por el resto de nuestras vidas. Y no es que una sea gorda a tiempo completo –“¡pero si sos re alta!”, te dicen–; una más bien ha dejado de ser flaca. Que la panza empieza a envalentonarse, que el culo se te llena de estrías, que los rollos aparecen para no abandonarte, que tu cuerpo se vuelve inarmónico, sin gracia, menos deseable a medida que pasan los años. Empieza así la rutina de las dietas que no querías hacer,¹ del gimnasio que si pudieras no frecuentarías, de la nutricionista que por temporadas va disciplinando tu conducta alimentaria como si fuese un director espiritual que te administra el alma. Eso que hacia los treinta se configura como una creciente incomodidad con el propio cuerpo, promediando los cincuenta se parece a alguna forma de autodesprecio.

1 Como bien señala Lux Moreno: “la iniciación al mundo de las dietas es uno de los primeros pasos sintomáticos que afirman la discriminación sobre los cuerpos. [...] se exagera la forma en la que nos vemos inmersos en una cultura que privilegia ciertos tipos de corporalidades sobre otras. [...] Se instalan así sobre los cuerpos normas culturales, políticas y económicas que pretenden normalizar sobre ciertas estandarizaciones” (2016: 59).

* Facultad de Filosofía y Humanidades / Universidad Nacional de Córdoba - eduardomattio@gmail.com

Ese conjunto de sentimientos respecto del propio cuerpo se suele atribuir con displicencia a las mujeres. El nacer en una sociedad patriarcal que prepara a las hembras de la especie para ser, en mayor o menor medida, objeto de agrado para otros, justificaría, nos decimos, la rudeza con la que las juzgamos por satisfacer o no tales expectativas estéticas. Entre gays y maricas esa necesidad de agradar(se) es quizá uno de los rasgos presuntamente femeninos que más tenemos incorporados. Con la salida del closet pareciera asumirse una inquietud por la propia apariencia física que no todo puto sortea con fortuna. En mi caso, haber ido perdiendo la delgadez se asocia a una problemática vinculación con mi propio cuerpo, con un sentimiento de autodesdén que me asalta en los momentos menos pensados. Involucra una manera de mirarme, una forma de habitarme, una relación poco satisfactoria conmigo misma que no me amarga la vida por entero, pero que interrumpe la pacífica reconciliación que una debería ensayar todos los santos días con sus propios fantasmas.

La situación, para qué negarlo, tiene sus ribetes tragicómicos. La vinculación con la comida muchas veces se ve empañada por una sensibilidad culpógena que arruina cualquier disfrute. Una medialuna o empanada de más que pasa por tu boca convoca, aunque sea por segundos, la sentencia severa de que tu gordura es un viaje sin retorno. O peor, cada ensalada que una come con desgano es la promesa de la porción de torta que te vas a permitir el próximo fin de semana. Basta con declamar que hacés dieta para que tus amigas se deleiten con cada traspíe alimenticio que interrumpa tal trayecto saludable. La relación con la ropa no es menos desgraciada. Las remeras viejas me terminan amatambrando, las nuevas me recuerdan el batón de Homero Simpson. Tengo jeans viejos que me quedan anchos de cintura (de cuando estaba más gordo), y otros pantalones (de cuando estaba más flaco) que parecen haber sido de otra persona. No puedo usarlos ni por milagro de dios. Hay ciertas prendas que parecen hechas para otrxs, que una asume para otrxs, que no soñaría con usarlas. La odisea de comprarse ropa –recuérdese la crónica terrible de Nicolás Cuello (2016a) sobre el tema– es una tarea que pospongo hasta que resulta inevitable, y que cuando urge afrontarla (porque no hay pilcha que te aguante) se convierte en un trámite rápido en el que elijo lo menos peor, cosa que pasa más a menudo a medida que pasan los años. Sentirme/creerme gorda (o si se quiere, entrada en kilos) no es algo que involucre *glamour* alguno. Sumarle años a los kilos, como se naturaliza en la madurez, va configurando

un secreto fracaso personal que una no se lo cuenta ni al analista. Está ahí en el espejo, le pasa a ese reflejo especular que evitamos y al que una se acostumbra con el transcurrir de los días.

2. Lo problemático del asunto, quizás, es que eso que una siente tan vivamente conviva con lecturas e investigaciones sobre cuerpo, género y sexualidad que contradicen o combaten tales afecciones. ¿Cómo hago para reconciliar al universitario que lee y enseña sobre feminismo y teoría queer con la marica cincuentona que se autodesprecia por gorda? Resulta ridículo, lo sé, pero es lo que siento. Una quisiera presumir que ciertas interpretaciones progresistas o emancipatorias acerca de la corporalidad le den a una los anticuerpos para combatir esos apegos emocionales que alimentan una desdenosa consideración de una misma. Deborah Gould (2010), refiriéndose a lxs activistas de ACT UP, señalaba la tensión amarga que los atravesaba en aquellos años iniciales de la pandemia del sida. En el debate público de aquellos días, los sentimientos de orgullo gay eran decisivos frente a una sociedad que veía en el sida un castigo divino o culpaba a los homosexuales por las dimensiones trágicas del asunto. No obstante, ese conjunto de creencias que animaban la acción política convivía también con otros afectos no articulados ni reconocidos, como la vergüenza o el miedo que, operando por debajo de la conciencia, también daban forma y ponían límites a su lucha política. Eso hace suponer a la autora que no es posible limitar el trabajo de campo a lo que los sujetos expresan o creen. También es necesario contemplar todas aquellas afecciones pre-reflexivas que complejizan las narrativas que circulan socialmente (Gould, 2010; Solana, 2020). Esa tensión, tan relevante en términos metodológicos, entre las creencias racionales a las que adherimos y las afecciones que las contradicen, da cuenta de la complejidad emocional de los agentes humanos: “Por muy racionales y cognitivos que seamos los seres humanos, también nos movemos afectivamente y, a menudo, de formas que no se alinean fácilmente con nuestro yo racional y cognitivo” (Gould, 2010: 29). Una puede comprender a nivel cognitivo la naturaleza de los resortes ideológicos que justifican ciertas formas de opresión, pero como señala Deborah Gould: “la dominación, la marginación y el no reconocimiento también afectan a las vísceras, donde agotan, anestesian, frustran, irritan, agitan, inquietan, desconciertan, enfurecen, abruman, alarman, aterrorizan y causan estragos de formas intensas, aunque no siempre evidentes

o calculables” (2010: 30). Es decir, una puede reconocer lo que el daño gordoodiante hace en nuestros cuerpos –gordos, casi gordos o delgados–, podemos entender con suma lucidez que los cuerpos no responden (ni deben hacerlo) a los estereotipos sociales de belleza magra y joven, que la diversidad corporal de los cuerpos gordos no debe ser patologizada, que hay que luchar políticamente por ampliar los límites sesgados de lo que resulta una corporalidad vivible y deseable. Podemos celebrar la legítima singularidad de cada cuerpo gordo y, sin embargo, en nuestra íntima consideración de las cosas, aún puede abrumarnos un desdén visceral para con nuestra figura. Esa contradictoria tensión habla de la ineludible complejidad e indeterminación de la motivación y el comportamiento humanos, y de la imprevisibilidad que introduce en la vida política. Esa complejidad, agrego yo, redunda también en la opacidad con la que nos entendemos y juzgamos, con la que nos miramos y deseamos, es decir, tiene también una pernicioso influencia en la (est)éticas de las que somos capaces, en los vínculos más o menos afortunados que podemos establecer con nosotrxs y con lxs demás. En ese hiato ¿insalvable? entre lo que creemos y lo que sentimos radica la medida del daño.

3. ¿Cómo circula ese automenosprecio que sentimos? ¿A qué objeto se pega ese desdén que define el vínculo afectivo con nosotrxs mismxs? Si tiene razón Sara Ahmed (2015), las emociones no deben verse como un contenido mental que se exprese de adentro hacia afuera, o como una atmósfera afectiva que termina condicionando desde fuera lo que sentimos adentro. Algo de eso es posible que acontezca, pero no es lo que a la autora le interesa subrayar. Prestar atención a *lo que hacen las emociones*, y no a lo que son, involucra reconocer la economía afectiva que describe la circulación de los afectos en un contexto en particular. En esa circulación, sujeta a una repetición performativa, las emociones van trazando fronteras entre los sujetos y los objetos, produciendo las superficies de aquello que es objeto de tal o cual sentimiento. La insistencia con la que “se pegan” ciertas emociones a determinados objetos, señala Sara Ahmed, van configurando relaciones de proximidad o de distanciamiento con aquello que es objeto de nuestro sentir: “Las emociones son relacionales: involucran (re)acciones o relaciones de ‘acercamiento’ o ‘alejamiento’ con respecto a dichos objetos” (2015: 30). En el caso que aquí nos ocupa, el objeto al que se le adosa de manera recurrente un afecto de creciente desdén no es otro

que el propio cuerpo –el que madura y engorda–. Si las emociones son esa relación de acercamiento o de distancia que se crea y se reproduce para con ciertos objetos, aquí parece acontecer una experiencia afectivo-corporal de incomodidad con unx mismx, de desconocimiento tenaz, un sentirse alienado de sí en el que la propia corporalidad resulta ajena, se vuelve extraña con el aumento de peso y con el paso de los años.

Según un “enfoque bobo” de las emociones, tal como sugiere Sara Ahmed, ese sentimiento de ajenidad hallaría su justificación en la naturaleza misma del objeto que nos afecta y en las reacciones instintivas de los sujetos afectados. Se podría presumir que los cuerpos viejos y gordos –sin ir más lejos, el propio– solo puede ser motivo de un natural disgusto emocional que no puede no sentirse ante los cuerpos que se vuelven rollizos y añosos. Es su naturaleza desvencijada la que despertaría afectos que van del desagrado a la repulsión, de la conmiseración al enojo. La suma de carnes y de años, según parece, no podría menos que concitar más que una necesaria aversión que descansa en resortes afectivos irremovibles. La inherente socialidad de las emociones, en cambio, nos exige revisar aquellas condiciones discursivas que naturalizan el (auto)desprecio de los cuerpos gordos y viejos. Nos demanda considerar aquellas “historias anteriores de contacto, no disponibles en el presente” (Ahmed, 2015: 30) que posibilitan que un cuerpo sea aprehendido como indeseable. En tal caso, ¿bajo qué narrativas se vuelve prácticamente necesario que los cuerpos más o menos rellenos despierten disgusto?

Desde el “activismo gordo sudaka” –cultivado en Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), Córdoba, Tucumán y otros lugares del país– se vienen exhibiendo y desmontando los marcos narrativos que sirven de soporte a las emociones que circulan respecto de los cuerpos gordos –el de lxs otrxs, el propio–. Como ha mostrado Nicolás Cuello, la gordofobia no sólo es una experiencia traumática que padecen los cuerpos gordos, sino que es es “una compleja matriz de opresión que involucra una multiplicidad de aparatos de control biopolíticos que tienen por objetivo la eliminación de las corporalidades gordas” (2016b: 38). Como advierte el autor, la gordofobia agrega a la exclusión social, a la estigmatización sexual y a la injusticia económica y laboral que padecen las corporalidades gordas, diversas formas de desvalorización afectiva que favorecen cuadros de estrés, ansiedad o depresión, que alientan el aislamiento, que reproducen infinitas formas de violencia física, verbal y psicológica. La gordofobia

es así una usina de emociones hostiles que convierten la gordura en un paisaje corporal por el que nadie quiere pasar, que exige ser evitado o que será transitado con culpa, vergüenza o desdén. Las historias que pululan respecto de los cuerpos gordos son las que despiertan el (auto)rechazo emocional de todo lo que no es esbelto, fibroso y saludable. Contra tales quimeras, el activismo gordo angloparlante supo oponer el imperativo del orgullo y la visibilidad –“me quiero y me acepto como soy”– que no todos los cuerpos pueden sentir ni interpretar con facilidad. Frente a la violencia odiante y al mandato de la aceptación que lo desafía, Nicolás Cuello nos invita a ensayar la modesta productividad de la vergüenza capaz de imaginar otra política radical de la desmesura. En ese territorio emocional alternativo se hace posible otra temporalidad para el cuidado sosegado, para la escucha atenta, para el despliegue moroso de otras trayectorias corporales.

4. Los afectos, sentimientos o emociones –no me interesa distinguirlos aquí con prolijidad– se ven sujetos a una normatividad más o menos rigurosa que regula nuestra sensibilidad. Como he escrito en otro lugar (Mattio, 2023), sentir(se) de tal o cual forma bajo tales o cuales circunstancias no es algo que esté librado al azar. Hay un marco normativo muchas veces tácito que gobierna lo que sentimos. Una gramática emocional es ese conjunto de reglas que ordenan y restringen el modo como nos afectamos. Las comunidades morales a las que nos afiliamos no sólo nos imponen ciertas valoraciones y expectativas. También disponen una manera de sentir más o menos compartida que nos abre (o cierra) a lxs otrxs, que nos conecta con las cosas, que nos vincula al mundo, que nos sujeta a nosotrxs mismxs desde diversas tonalidades afectivas. Crean en nosotrxs una responsividad emocional mayormente regulada que no nos sobretermina, pero que condiciona de manera selectiva nuestra respuesta afectivo-moral a lxs demás (Butler, 2010).

Es claro que tales gramáticas no son necesarias ni universales. Están sujetas al paso del tiempo y no gobiernan a todxs del mismo modo. Como carecen de cualquier *status* trascendental, se hacen evidentes en los guiones afectivos de las comunidades emocionales que compartimos. Es decir, tales gramáticas emocionales se componen de reglas implícitas o explícitas en las que somos socializados desde la más temprana infancia, establecen con cierta laxitud qué sentir o cómo afectarse en tales o cuales situaciones,

y se asocian también a ciertos guiones afectivos específicos que actúan de diversos modos en las regulaciones sentimentales disponibles.² En el marco de las narrativas corporales que circulan socialmente se alientan una serie de respuestas afectivas que se sedimentan en ciertos guiones, y son tales guiones los que enhebran un conjunto de reglas del sentir presuntamente consistente y estable capaz de regular nuestra sensibilidad.

Más arriba me refería a una incomodidad con mi propio cuerpo que con los años se ha transformado en una suerte de autodesprecio. ¿En qué guiones afectivos se expresa ese desdén que nos acobarda y amarga? ¿Qué marco gramatical está detrás de esas emociones ruinosas? Laura Contrera advierte que “gordx no alude solamente al peso corporal que porte alguien, sino que implica encarnar muchas otras cosas negativas. Así, ser gordx es también ser fex, indeseable, poco saludable, flojx, amorfx, lentx, algo sin gracia” (2016: 24). En la misma línea, Canela Gravila sugiere que “la gordura, para esta cultura del hambre conscientemente administrado, es un símbolo de abandono, de falta de conducta, de poca atención, de enfermedad, de fracaso, de trauma, de cero sexo y de falta de deseo” (2016: 70). Si a esas descalificaciones se suma la vejez, unx gordx viejx pareciera que solo puede encarnar guiones afectivos definidos por el exceso y la dejadez personal –“vos no te respetás, vos no te querés”–, y así volverse una prueba viviente de una vida malograda que nadie debería querer vivir, de una decrepitud insana a la que le esperan consecuencias físicas y mentales negativas conforme pasen los años. Lxs “gordxs felices” son una quimera condescendiente que nadie en su sano juicio quisiera interpretar, porque no habría bienestar en la gordura, no sería posible esperar de “alguien que envejece así” una vida plena. Si me quiero y me respeto tengo que procurar vivir saludablemente, donde llevar una vida saludable (es decir, magra)

2 ¿Qué diferencia podemos trazar entre gramáticas y guiones? El guiñón –subrayo aquí su naturaleza dramaturgica– permite poner en escena un determinado marco normativo, le (im)pone palabras y gestos que se actúan para otrxs. El marco normativo –su gramática profunda– se recrea, se reproduce y se altera en esa variedad de guiones culturalmente instanciados. En lo que el guiñón repite encontramos una serie de reglas gramaticales que gobiernan la reiteración/reproducción de ciertas actuaciones. En ese marco normativo se canonizan ciertos guiones y se marginalizan otros. La centralidad de unos se refuerza a expensas de la condición abyecta de otros guiones. Debo a Sofía Gerber el haber reparado más detenidamente en estas dimensiones vinculadas a las gramáticas emocionales.

será una motivación indubitable de que me quiero y me respeto. De ese círculo no parece haber salida.

Hay un guión emocional *fitness* que se reproduce con silenciosa violencia: aquellas personas maduras que tienen tendencia a engordar sólo son responsables y sensatas si *se sienten a gusto* con una vida saludable entre dietas y prácticas deportivas que los alejen del abuso de calorías. Habrán de forzarse en respetar aquellos guiones emocionales que las someten a rutinas corporales llenas de privaciones y esfuerzos para no sentirse como parias emocionales (Ahmed, 2019). La repetición a desgano de los guiones afectivos salubres consolida una gramática emocional o reglamento del sentir específicos. Actuar emocionalmente el guión de una vida madura que combate el sobrepeso *todo el tiempo* habla de una normativa que sujeta la entereza afectiva o el éxito sentimental a un bienestar inhabitable e imposible para muchas corporalidades. Es decir, esos guiones del buen vivir magro descansan en patrones regulativos que trazan equivalencias necesarias entre ciertas notas que no siempre coinciden en un único cuerpo: bienestar, autocontrol, autoprivación, salud psico-física, plenitud emocional y vaya a saber cuántas cosas más. En los pasos que propone Lucrecia Masson (2018) para una descolonización estética, una puede adivinar una contragramática emocional, un contrahumor que puede revertir el daño gordoodiante y edadista sobre nuestros cuerpos:

- Abandona la lógica del progreso aplicada a tu cuerpo. No hace falta “evolucionar” hacia el cuerpo correcto.
- Honra el paso del tiempo. Nuestro cuerpo no es un electrodoméstico que se vuelve obsoleto, eso queda para el capitalismo.
- Desconfía de la retórica del antes y el después. El futuro ya fue.
- Sospecha siempre de los ojos azules. Pon activamente en cuestión el deseo y descoloniza tu cama.
- Trabaja duro, duro en perder la fascinación por aquello que se nos enseñó como bello.
- Continúa/continemos la lista.

(Masson, 2018: 166).

No hay entonces un cuerpo equivocado, ni arruinado por los años o los kilos. Hay una normativa que nos excede y precede y que nos deleita

con un ideal de belleza magra y esbelta que pone lo deseable y lo placentero a distancia de los cuerpos rechonchos y maduros. Hay una gramática emocional que alimenta la descalificación y descrédito de ese cuerpo que no nos pertenece del todo, porque tiene sus propias reglas, porque se retoba respecto de los protocolos que garantizarían un porte esbelto, cuidado y deseable. Bien lo decía Canela Gravila: “Ya subimos a la casa de la normatividad, ahora apuntemos con un rifle a la cultura destructiva que enferma y mata” (2016: 76).

5. ¿Hay algo por hacer con todo esto? El deseo de reparar el daño que deriva del desprecio autoinfligido nos apura a encontrar narrativas alternativas que deshagan el hechizo edadista y gordoodiante. Confiamos en que otros relatos menos dañinos acerca del cuerpo puedan desafiar la eroticidad –por ejemplo, los marcos normativos de lo deseable (Canseco, 2017)– que entroniza a las corporalidades magras y jóvenes y desestima a las añosas y rollizas. Como demanda Nicolás Cuello (2026b), hay que proponer estrategias situadas de intervención crítica que desplacen y subviertan las narrativas públicas acerca de la gordura, que interrumpen la circulación de discursos e imágenes que fortalecen la violencia gordoodiante. Lucrecia Masson señala con acierto:

Es necesario atentar contra la matriz que nos organiza corporalmente. Desnudar el artefacto que nos construye en tanto cuerpos... desafiar esas lecturas y crear, imaginar, fantasear, inventar nuevos relatos. Hay un gran aparato ficcional que hace que nuestros cuerpos se lean como “generizados” o racializados o viejos, o discapacitados, o gordos, o enfermos (Masson, 2016: 57).

Contra ese marco de subjetivación y afectación socio-corporal hay que pergeñar, como hacen lxs activistas gordxs, redes, estrategias y narrativas que contradigan y dinamiten el modelo de salud e integridad corporal que masacra los cuerpos efectivamente existentes. Esas estrategias de largo alcance político sin duda que deben ser alentadas y potenciadas en diversos territorios. Pero hay otro punto de índole micropolítico que quisiera subrayar aquí. Laura Contrera y Nicolás Cuello (2016) en la introducción de *Cuerpos sin patrones* se detienen en la necesidad de reconocerse como “estilos corporales desdichados”:

[...] como “identidades descalificadas” [...] porque no creemos que todxs podamos amar nuestros cuerpos por decreto y nos resistimos de igual manera al imperativo del bienestar que se pronuncia como un impedimento para experimentar y expresar las complejidades y ambigüedades de nuestros modos de encarnar cuerpos impropios, no normativos y disidentes (Contrera y Cuello, 2016: 19).

A esa tarea cuidadosa nos debemos: hay que suscitar otras (est)éticas menores (pero no por eso irrelevantes) que nos permitan habitar nuestros cuerpos, que ayuden a restañar el daño odiante, que sin prisa pero sin pausa recreen lo que significa “vivir una vida saludable”. Un horizonte corporal y afectivo en el que se pueda vivir ese vínculo opaco con el cuerpo (im)propio, de espaldas a las gramáticas emocionales del éxito o de la culpa. Otro ecosistema para la vida emocional en el que podamos vivirnos así, como podamos.

Referencias

- Ahmed, Sara. (2019 [2010]). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Ahmed, Sara. (2015 [2004]). *La política cultural de las emociones*. México: PUEG-UNAM.
- Álvarez Castillo, Constanzx. (2018). *La cerda punk. Ensayos desde un feminismo gordo, lésbiko, antikapitalista y antiespecista*. Valparaíso: Trío Editorial. <https://www.bibliotecafragmentada.org/cerda-punk/>
- Butler, Judith. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Buenos Aires: Paidós.
- Canseco, Alberto B. (2017). *Eroticidades precarias. La ontología corporal de Judith Butler*. Córdoba: Asentamiento Fernseh.
- Contrera, Laura. (2016). *Cuerpos sin patrones, carne indisciplinada. Apuntes para una revuelta gorda contra la policía de la normalidad corporal*. En: Laura Contrera y Nicolás Cuello (Comps.), *Cu-*

erpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne (pp. 23-31). Buenos Aires: Madreselva.

Contrera, Laura y Cuello, Nicolás. (2016). *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne*. Buenos Aires: Madreselva.

Cuello, Nicolás. (2016a). Una belleza temblorosa. En: Laura Contrera y Nicolás Cuello (Comps.), *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne* (pp. 95-97). Buenos Aires: Madreselva.

Cuello, Nicolás. (2016b). ¿Podemos lxs gordxs hablar? Activismo, imaginación y resistencia desde las geografías desmesuradas de la carne. En: Laura Contrera y Nicolás Cuello (Comps.), *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne* (pp. 37-54). Buenos Aires: Madreselva.

Gravila, Canela. (2016). Lesbianas gordas, bellas y fuertes. En: Laura Contrera y Nicolás Cuello (Comps.), *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne* (pp. 69-76). Buenos Aires: Madreselva.

Gould, Deborah. (2010). On affect and protest. En: Janet Staiger, Ann Cvetkovich y Ann Reynolds (Eds.), *Political emotions* (pp. 18-44). Nueva York: Routledge.

Masson, Lucrecia. (2018). Sobre la producción de la fealdad en el régimen de la blanquitud. Pensamientos incipientes. En: Colectivo Ayllu, *Devuélvannos el oro. Cosmovisiones perversas y acciones anticoloniales* (pp. 163-166). Madrid: Fragma.

Masson, Lucrecia. (2016). El cuerpo como espacio de disidencia. En: Laura Contrera y Nicolás Cuello (Comps.), *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne* (pp. 55-58). Buenos Aires: Madreselva.

- Moreno, Lux. (2016). ¿A qué edad fue tu primera dieta? En: Laura Contrera y Nicolás Cuello (Comps.), *Cuerpos sin patrones. Resistencias desde las geografías desmesuradas de la carne* (pp. 59-65). Buenos Aires: Madreselva.
- Mattio, Eduardo. (2023). Sentimientos disidentes: notas para una gramática emocional por venir. *Tramas y Redes*, (5), pp. 229-248. Ecuador: CLACSO. <https://doi.org/10.54871/cl4c500b>
- Solana, Mariela. (2020). Afectos y emociones, ¿una distinción útil? *Revista Diferencia(s)*, (10), pp. 29-40. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, UBA. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/156877>